

Bipartidismo y cambio social



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

Algunos debates sobre el fin del bipartidismo son un poco absurdos, al menos desde un punto de vista práctico. En realidad, hay pocos países complejos que tengan un sistema bipartidista puro, ya que la propia complejidad de los cambios sociales implica una mayor diversificación de las alternativas y posibilidades políticas, incluso en aquellos casos en los que los procedimientos electorales mayoritarios propician una reducción de las opciones efectivas.

En los dos países desarrollados que suelen ponerse como ejemplo de bipartidismo (Estados Unidos de América y el Reino Unido), a lo largo de la historia se han producido cambios significativos. En el Reino Unido, por ejemplo, el primigenio dúo entre el Partido Liberal y el Conservador fue sustituido por el binomio conservadores-laboristas, y recientemente se ha dado la emergencia del Partido Liberal Demócrata y del nacionalismo antieuropeísta (UKIP).

En consecuencia, aplicar tales esquemas a países como España, que no operan con modelos electorales mayoritarios, es un tanto forzado. El hecho de que en España se haya dado un alto grado de bipolarización política durante bastantes años ha tenido el efecto de que los votos se hayan concentrado en mayor grado en las opciones principales (voto útil), especialmente a partir de la desaparición del segundo partido centrista fundado por Adolfo Suárez (CDS) y del debilitamiento del PCE-IU, debido tanto a razones internas como externas.

Doble círculo

En España lo que hemos tenido realmente ha sido un doble círculo de relevancia política, con dos partidos centrales (PSOE-UCD y PSOE-PP) y otros dos partidos importantes (PCE-IU, AP, CDS Y UPyD, según el momento). A lo cual siempre se ha añadido un peso apreciable de varios partidos nacionalistas (PNV, CIU, el Bloque, Ezquerra Republicana, etc.). ¿Dónde está, pues, el bipartidismo?

Con excepción de algunos momentos concretos en los que han sido necesarios pactos de legislatura —más o menos explícitos—, en el período que va de 1982 a 2012 hemos tenido una preponderancia neta de un partido que ha permitido contar con gobiernos razonablemente estables. Lo cual no siempre es fácil —ni lo va a ser— con sistemas electorales representativos, por mucho que se prime el “voto útil”.

Las alternancias entre PSOE-PP durante las últimas legislaturas, por lo tanto, han sido en buena medida resultado de la existencia de una bipolarización de base derivada de las dificultades de unas gestiones políticas fuertemente ahormadas por los condicionantes de la política económica y social predominante en nuestro contexto internacional. Gestiones que, generalmente, han contado con escasas simpatías públicas y que se han visto abocadas a un desgaste cíclico. De forma que cuando el PSOE estaba bastante erosionado y perdía apoyos, paralelamente subía el PP. Y al revés, en una especie de “efecto balancín”, que daba lugar a que aquel que subía no lo hacía solo por impulso ascendente propio, sino precisamente porque el otro gran partido político bajaba acusadamente. Lo que siempre ha permitido contar con una alternativa fuerte y viable, que generaba un alto grado de estabilidad y funcionalidad en nuestro sistema de gobierno. Algo que nadie podrá negar que ha sido positivo, especialmente en tiempos difíciles.

Sin embargo, ese esquema de alternancia parece que está finiquitado y ahora los desgastes están afectando a los dos grandes partidos, de forma que cuando uno baja no está garantizado que el otro suba de manera paralela y automática. Esto se debe a varios factores, pero sobre todo al hecho de que los dos principales partidos —los que han gobernado— han acabado aproximando tanto sus enfoques y se han subordinado tanto a los esquemas dominantes de gestión económica en Europa, que una parte de la opinión pública ha empezado a dudar de que existan realmente alter-

nativas políticas genuinamente diferenciadas. Lo cual supone un cierto fin de ciclo, que requerirá de nuevos enfoques y planteamientos.

Debilitamiento de las diferencias

El problema que suscita la evolución reciente de voto responde en gran parte a las dificultades de lograr una adecuada visibilización de las diferencias en las políticas económicas de los dos grandes partidos políticos por una proporción apreciable de electores, sobre todo entre las nuevas generaciones y determinados sectores de las clases medias en declive, que están asustadas y sufren un deterioro en sus posiciones económicas y en su estatus.

No es cierto que las políticas económicas (y sobre todo sociales) del PSOE sean iguales que las del PP, como puede constatarse actualmente de manera palmaria. Pero la verdad es que durante bastantes años se ha alimentado desde la socialdemocracia una imagen, y unas prácticas, que tendían a desmarcarse de planteamientos "ideologizados" —como decían algunos—, deslizándose hacia enfoques técnicos y de gestión que no permitían una diferenciación tan neta de los planteamientos conservadores como en los buenos tiempos de la socialdemocracia. "Gato negro, gato blanco..., lo importante es que cace ratones", decían algunos. Lo cual ha acabado pasando factura.

Por lo tanto, el debilitamiento del bipartidismo/bipolarización —que no su desaparición— responde en gran medida a problemas de diferenciación y especificidad, que ahora van a requerir un esfuerzo especial por parte del PSOE, cuyos resultados solo se podrán ir viendo poco a poco, a medida que se recupere la confianza y la credibilidad perdida entre determinados sectores estratégicos.

En cualquier caso, los dos grandes partidos concentran actualmente entre un 55% y un 60% de los votos potenciales, según las encuestas rigurosas. Lo cual no es tan diferente de lo que sucede en otros países, como Alemania, y no es poca cosa en los tiempos que vivimos. Pero, lo cierto es que con tales magnitudes no va a ser fácil que en unos próximos comicios el partido ganador obtenga un triunfo suficiente como para formar gobierno por sí solo, o con el apoyo eventual de un partido menor. Lo que nos puede llevar a una exigencia de gobiernos de coalición formados por tres o cuatro partidos. O más. Por supuesto, si se introduce

ran en la legislación electoral las reformas que algunos reclaman, la estructura multipartidista del Parlamento se acentuaría aún más, con sus correspondientes efectos en las dificultades para formar gobiernos estables.

La gran coalición

Otra opción posible —que puede llegar a ser inexcusable— ante el declive de la capacidad de captación de votos de los principales partidos, es una gran coalición. Dicha alternativa podría generar estabilidad y transmitir una imagen de seguridad y fuerza ante la opinión pública nacional e internacional y ante los agentes económicos. Pero esta vía, si no logra un éxito de gestión apreciable a corto plazo y si no se entiende como un punto de encuentro con fuerte sentido social —como ocurrió con el consenso keynesiano posterior a la Segunda Guerra Mundial— puede acabar produciendo un desgaste adicional para los dos grandes partidos. Con la consiguiente desorientación de la opinión pública, que no solo no sería capaz de entender las dife-

En las cambiantes y complejas sociedades de nuestro tiempo cada vez será menos frecuente que las opciones políticas queden reducidas solamente a dos, lo que va a plantear la necesidad de formar gobiernos de coalición.

rencias entre uno y otro partido, sino que ni siquiera sería capaz de comprender las razones y ventajas de tales acuerdos.

En definitiva, para evitar las dinámicas de debilitamiento electoral cíclico (que también pueden afectar a los partidos intermedios que participen en gobiernos) es imprescindible que los partidos socialdemócratas tengan proyectos de entidad y mantengan sus señas de identidad. Por supuesto, no en base a gestos y palabrerías vacuas y demagógicas, sino a partir de propuestas programáticas e iniciativas de gestión que estén bien trabadas y sean coherentes con la lógica socialdemócrata que tan buenos resultados dio en el pasado, y que permitió suscitar amplios consensos sociales desde abajo. Incluso para llegar a acuerdos entre los grandes partidos es necesario que cada cual opere con claridad, a partir de sus propios enfoques y programas, y no a partir de esa extraña amalgama pseudo-tecnocrática y falsamente eficaz (¿dónde están los ratones cazados?) que reivindicaban los pontífices de la "política oficial", y que tan desastrosos resultados está teniendo. **TEMAS**